

APENDICE A LA CARTA VII.

El interés particular que ofrece una expedición á la cima del Vesubio, hecha y reseñada por mexicanos, me hace copiar en seguida la parte más interesante del capítulo décimosétimo del primer tomo de la obra «Historia de la Primera Peregrinación Mexicana á Roma,» que trata de esa expedición. Héla aquí:

“Hacia el Este de la hermosa Parthenope y á doce kilómetros de distancia, se levanta magestuoso y erguido el Vesubio. Llégase hasta él tomando en la ciudad el ferrocarril de Nocera y haciendo estacion en Resina ó Pompeya, donde se encuentran guías, caballos y mulas. Es preferible seguir el camino de Resina, porque si el viajero quiere evitarse un tanto la molestia del caballo, bien puede tomar un asiento en el ferrocarril funicular ó un buen carruaje que lo conduce á la tradicional Ermita de San Salvador siguiendo una hermosa calzada nueva. Nosotros optamos por la ruta de Pompeya, motivo, á que como se ha dicho, acabábamos de visitar sus ruinas; pero ¡cuántos sinsabores! ¡qué soles! ¡cuántos martirios no nos costó la tal travesía! Sigamos, pues, nuestro camino interrumpido por tan larga digresión. Las últimas lenguas de tierra cultivada habian desaparecido á nuestra vista, la pendiente se hizo más y más elevada, los torrentes de lava inerte, fria y lúgubre se unian bajo los piés destrozando el casco de nuestros agobiados caballos que á cada momento trepaban con mayor dificultad, fatigados y bañados en un sudor tal, que le arrojaban gota á gota sobre el esquebrajado suelo, como si en aquel instante acabaran de salir del bañadero. A derecha é izquierda se levantaban montañas de ceniza movediza, ma-

sas enormes de pedruzcos amarillentos cuyo aspecto repugnante y horrible estremece al pobre grupo de viajeros que repentinamente se ve envuelto en aquel sombrío valle, donde ha desaparecido toda vida. Rios de fuego líquido en otro tiempo, están representados al presente por amenazadoras montañas de horripilantes escorias, rocas calcinadas, murallas enormes cuya negra mole está formada por oleadas de antigua, trenzada y retorcida lava.

“En este lugar de melancolía, de destrucción y exterminio, triste imagen de la devastación de la naturaleza, donde la mirada del fatigado viajero se detiene con angustia, no hay otra cosa más que la imponente y horrible perspectiva de ásperas y negruzcas peñas por entre las cuales se escapa un aire caliente, perfumado de mefíticos miasmas, débil indicio de la viveza del fuego subterráneo. Las apiñadas rocas apenas permiten en aquel suelo, donde resuenan estrepitosamente las pisadas, formarse de trecho en trecho pequeños valles y cañadas de caliente ceniza, en la cual nuestros desgraciados animales se enterraban de tal manera, que casi tocaban en el suelo los estribos. Únicamente por intervalos se divisan á lo lejos como lucientes estrellas en oscuro y nebuloso cielo, débiles fragmentos de paisaje: la soberbia llanura prolongándose hasta las montañas de Caserta, la ciudad de la alegría y el regocijo infinitos, con sus masas de casas irregulares y variadas, y el dorado oleaje del magnífico golfo bañando las encantadas playas de Castellamare. Ya habíamos dejado atrás mil montañas, y otras nuevas se presentaban delante con sus espumas y escorias que horrorizan, como tratando de arrojarnos con su presencia. Nuestros caballos trepaban ya con gran

dificultad entre aquellas asperezas, y á cada momento nos parecia rodar sobre las duras rocas, porque la pendiente se habia hecho insoportable. Un sol reverberante y ardoroso nos abrasaba con la intensidad de sus rayos, la sed nos devoraba, y el temor de que nos abandonaran en aquel sitio los fatigados corceles, nos affigia sobremanera. No era posible proseguir; paso á paso, jadeantes y haciendo supremos esfuerzos nuestros desgraciados animales, aun á pesar del castigo, apenas se movian. En esta crítica situacion, dispersos aquí y allá, buscando el mejor paso, entramos en profundo silencio y meditábamos quizá, sostenidos todos por un mismo pensamiento, en la destruccion de aquellas importantes ciudades, Pompeya, Herculano, Stabies y Cumas, que fueron sepultadas por las lavas y ceniza del Vesubio en la fatal erupcion acaecida el 8 de Setiembre del año 79 de J. C. Yo me fijaba en las monótonas masas que se tendian á mi vista, y de cuando en cuando dirigia furtivas miradas al teatro del desastre, pensando involuntariamente en los castigos del cielo; en el crimen de aquellas destrozadas almas, que privadas de la fé y de los auxilios de una religion divina, fueron arrebatadas por la muerte en el pleno goce y delicias de una vida sensual, y cuyos cuerpos, ahora insepultos y conservados escrupulosamente en riquisimas urnas, sorprendidos por el cielo en el acto mismo del delito, é integros, intactos, tal cual estaban el dia de la catástrofe, se hallan expuestos á las futuras generaciones como un atestado solemne que manifiesta la justa indignacion de Dios; como un ejemplar magnifico que habla muy altamente á la voluptuosa muchedumbre que habita los contornos de aquella montaña; á la veleidosa y lasciva gen-

te que parece no teme desafiar á la Divinidad ante aquellos avisos; á la vista de aquel boqueron inmenso que ha abortado de sus entrañas la muerte y la desolacion, y que eternamente encendido por la cólera del Altísimo, pesa sobre sus cabezas como la amenazadora espada de Damócles.

"Me hallaba sumergido en sérias y profundas reflexiones, cuando repentinamente se dejó escuchar el bullicio de algunas gentes, y el grito de nuestro guía que mandaba apearnos del caballo. Era que habiamos llegado al valle que separa á *Monte Somma* del Vesubio, lugar llamado vulgarmente *Atrio del Caballo*. Inmediatamente nos apeamos y procuramos tomar un poco de vino y naranjas que compramos á los *facchini*, cargadores que se hallan á toda hora en aquel sitio, dispuestos á subir á los viajeros. Este valle, sobre el cual nos hallamos, no existia antiguamente; y si debe darse crédito á los escritores antiguos, el *Somma* era el único vértice que presentaba con el Vesubio la figura de un solo cono truncado, ántes de la erupcion de 79, [léase á Estrabon.] En esta fecha memorable fué cuando la montaña se abrió; y de la profunda cima, surgieron oleadas de candente lava que más tarde se petrificaron, cubriéndose de escorias y ceniza que formaron el amplio valle de quinientos metros que separa las dos cumbres en que actualmente se divide el volcán, á saber: El cono volcánico ó Vesubio, propiamente dicho, y el *Monte Somma*, que rodeando al primero al N. y al E., le forma un prolongado cinturón de paredes abruptas por el lado interno, y suavemente inclinadas al exterior. Las rocas que forman este monte, son muy distintas á las lavas del Vesubio. El concienzudo estudio que se ha hecho, ha dado por

resultado saber que la lava del Somma es porfírica, de anphigene y pbyrosene, con gruesas estratificaciones que se elevan al centro del cono, bajo un ángulo de 20 á 30 grados; así como tambien que las rocas de su masa, siendo de origen igneo, no han sido expelidas por un cráter, sino producidos por algun tevantamiento antiguo. Quizá esta circunstancia por una parte, y la rara particularidad de haberse encontrado en las capas de toba de piedra pómez de su falda, algunas conchas fósiles han hecho comprender á algudos que en cierta época geológica, el Vesubio era sub-marino. Sea, pues, para los sabios el cuidado de examinar todo esto, y sigamos nuestro interrumpido camino.

Dejamos nuestros caballos en poder de los *facchini*, supuesto que la ascencion á lo que se llama *Cono de Cenizas*, presenta aun á pié graves dificultades, ofreciendo una inclinacion de cincuenta grados. Para subir se emplean varios sistemas; nosotros optamos al principio por tomar un solo guía, que subia delante afirmándose en un grueso cayado que enterraba en las cenizas para no caer. De las espaldas de este hércules, colgaba un cinturon en forma de gaza ó lazada, donde apoyábamos ambas manos para ser tirados á remolque por aquella resbaladiza y rápida pendiente, formada por las cenizas que arroja el volcán. Muy pronto se cubrieron nuestras frentes de un sudor tan copioso que empapó nuestros vestidos. Abrasados por el sol, jadeantes y faltos de respiracion, saltábamos de un trozo de lava á otro trozo, haciendo esfuerzos inauditos y sintiendo que el calor aumentaba bajo nuestros piés. Unas veces por nuestro propio pié, y otras con el auxilio de los guías, parecia que devorábamos los ochocientos metros del famoso cono; y aun-

que caminábamos alegres llevando ante los ojos los misterios de aquel abismo, no por esto era pequeño el peligro á que nos habiamos expuesto. Cada paso que dábamos en aquel polvo donde nos hundíamos hasta las rodillas, nos parecia más y más arriesgado, creyendo rodar hasta la falda de la montaña. A cada momento cedian bajo el pié las parduzcas masas de ceniza ó alguna roca de donde acabábamos de saltar, rodando sorda y siniestramente, hasta destrozarse en mil fragmentos contra las escarpas del volcán. Empezamos á sentir que el calor aumentaba al grado que, cuando teniamos necesidad de poner la mano para apoyarnos sobre la ceniza, era forzoso retirarla al instante. Mil y mil grietas aparecian por todas partes arrojando un débil humo que apenas se elevaba algunos piés, cuando volvía á absorverse por entre las rocas. Vapores ardientes se levantaban en torno de las cimas; la niebla velaba el firmamento; el aire unas veces quemaba, otras era frio, áspero y sofocante. Las nubes que giraban en nuestro derredor, iban y venian pasando algunas veces á condensarse y confundirse entre la columna de humo del cráter. Ya se dejan percibir los esfuerzos de aquel mónstruo por medio de un lijero temblor que produce un ruido siniestro, y apenas vamos por la mitad del cono. No puedo proseguir adelante. . . . Héme, pues, tendido sobre la caliente ceniza, agobiado, desfallecido enteramente, palpitando de un modo extraño la sangre de mis venas; sin aliento y con una sefalalgia atroz, resultado del poder de gases irrespirables, con particularidad del carbono, cuya accion sobre el cerebro es bien conocida. . . . Pensaba en aquel acto sobre los síntomas del envenenamiento, producido por el sulfu-

ro de carbono, cuando veo llegar á mi compañero el Sr. Alba, sentado sobre los hombros de dos de aquellos formidables atletas. En medio de mi adicción, no pude ménos que sonreír á la vista de aquel grupo original. Mi compañero y los guías procuraron que tomara una bebida fresca, una naranja; y algo más recuperado, proseguimos el camino redoblando los esfuerzos. Unas veces á pié ó tirados por un guía, mientras otro empujaba por las espaldas; y otras sobre los hombros de semejantes héroes, cayendo y levantando logramos por fin acercarnos á la cúspide de la montaña; pero fué preciso detenernos en una caverna formada por la lava, porque el desfallecimiento y los vómitos habian aumentado en mí de una manera tal, que alarmaba. Á fuerza de limonadas y naranjas, único recurso de aquella morada del infierno, se trató de restaurar mis fuerzas. . . . Un paso más. . . un esfuerzo supremo. . . último, y hemos llegado á la cima del gigante, apareciendo á nuestra vista aquel abismo llamado cráter, con toda la grandeza y los horrores que aterran, cuando los elementos desencadenados hacen conocer al hombre su miseria y pequeñez. Hemos hallado la truncada pirámide del fuego, y aun estamos en el exterior de la fatal boca. Yo me soñaba trasladado á otras regiones. . . á la luna; pero ménos en la tierra de nuestro planeta. Sobre nuestras cabezas caía un polvo de impalpable ceniza, y del fondo de la cima volaban lavas esponjosas y negra escoria envueltas en la columna de humo que arrojaba el volcán, elevándose hasta una altura considerable. El terreno que pisamos parecia hundirse con nosotros bajo de los piés; tiembla, ruge y resuena la montaña como si fuera á desbaratarse en mil pe-

dazos y tratara de volar al espacio. Este ruido poderoso que se efectúa por intermitencias, tiene mucha semejanza con el redoblado trueno en día de desecha tempestad, ó con el estallido de potente cañon repetido por el eco de infinita cordillera de montañas. Mientras más nos acercamos, el estruendo es más terrible; el monte se estremece más y más y el olor á azufre es de tal modo insoportable, que nos obliga á llevar el pañuelo á la nariz. El borde exterior del cráter mide dos kilómetros de circunferencia; sus paredes están tapizadas de azufre en estado de eflorescencia, y cubiertas de una cantidad de fumarolas; pero para llegar á la verdadera boca del sombrío embudo, es forzoso descender un poco; tostar el calzado y decidirse á poder morir sorprendido por el hierro derretido que arroja aquella garganta, y despues de elevarse á una grande altura, caer cerca de los bordes.

Cuando esto pensábamos, nuestro compañero el doctor y los demás guías á quienes nos habiamos reunido, celebraban el arrojado de una jovencita inglesa que habia descendido hasta la boca, dejando bien lejos á sus compañeros. ¡Qué horror no debe inspirar el Vesubio, si se piensa que una débil corteza es el único obstáculo que bajo nuestros piés oculta el radiante fuego! Si alguna vez el lector de estas líneas ha sentido los desastres de un terremoto, inundacion ó incendio, comprenderá el justo miedo, el terror miserable que se apodera del viajero, en estos sitios donde parece que todos los elementos se combinan contra el hombre; sin embargo, la presencia de los compañeros y la reunion de un número regular de personas, hizo desaparecer mi debilidad, sofocó el temor, y me decidí á llegar al boqueron horroroso; y aprovechan-

do los momentos en que el aire había apartado un tanto las escorias que amenazaban fundir mi cabeza, y la columna irrespirable del densísimo humo; avanzo, pues, por entre aquella variada coloracion de azufre, cayendo á mi derecha é izquierda trozos de fundida lava; estoy al borde de la pavorosa boca del monstruo, me asomo al fin; la veo y contemplo lleno de fascinacion; distingo el fuego que ilumina el profundo y esquebrajado sumidero donde hierven las entrañas de la tierra, y pienso en Dios.....

En este instante brama el espantoso trueno, siento que tiembla todo el Universo y que acaba la máquina del Orbe; del fondo del infernal embudo surgen el humo, la lava y las escorias, asciende la llama, se estremece y tiembla el borde bajo mis piés, resuenan como trueno las rocas que caen al abismo y siento que mi espíritu desfallece. Los gases me ahogan. Se apodera de mí un vértigo horrible, y auxiliado por un guía me aparto en el acto de aquel precipicio. Lo que allí se vé y se siente no hay pluma alguna que pueda describirlo, ni ideas que se aproximen á la realidad, ni palabra capaz de traducir semejantes impresiones. ¡Aquello es morir! no puede soportarse, y al mismo tiempo atrae y fascina. Cuando me vi fuera del peligro, respiré con más libertad, é entretanto se daba por los compañeros la señal de marcha, me entretenia en ver á los *facchini*, unos saboreando con aparente tranquilidad algunos huevos que habian cocido en las cenizas del cráter, y otros ofreciendo á nuestra contemplacion las palos hechos ascua que habian introducido en aquellas grietas y algunas monedas de cobre que arrojadas en los momentos de caer la lava candente en el suelo, habian quedado engastadas en ella.

Era tarde, el sol estaba próximo á su ocaso y se hacia forzoso partir. Por el mismo camino que nos habia costado una hora de inauditos esfuerzos ibamos á regresar; pero no por nuestros propios piés, sino volando y envueltos en las nubes que formaban los vapores del cono."